

## EN TU BUSCA

*Él:*

El sonido me despierta, estridente, irritante, chicharra de los infiernos que me arranca de mi plácido sueño de un tirón. Lo apago estirando una mano a tientas.

Sara se revuelve al otro lado de la cama. Su figura, la cual ya me sé de memoria, se adivina por debajo de las sábanas, con su respiración cadenciosa inundando y vaciando sus pulmones, entre el sueño y la vigilia.

Me levanto procurando no hacer demasiado ruido, lo cual ya es un poco inútil.

Me visto en la oscuridad con la destreza y monotonía de quien hace lo mismo cada día. Desayuno mi habitual taza de café, lavo mis dientes y me aseo. Antes de irme, dedico una última mirada a Sara. Otros poetas, quizá Garcilaso, habría escrito hermosos poemas sobre las primeras luces del alba derramándose sobre su silueta, o sobre sus caprichosos cabellos desperdigados sobre las sábanas, o su cálido aliento jugueteando con el Carpe Diem entre sus labios.

Otros poetas, quizá.

*Ella:*

–Marta, hay que levantarse.

La voz de mi madre quiere colarse en la calma de mi habitación. Por un momento casi cedo a la tentación de darme la vuelta y seguir durmiendo. Pero no. Conozco a mi madre, y prefiero vivir.

Somnolienta hasta el punto de no saber exactamente qué hago, aparto las sábanas sin ser consciente y me pongo en pie. Rápidamente, como un rayo de luna, mi mente busca desesperada en los cajones de mis responsabilidades algún examen despistado o tal vez un trabajo urgente. Por suerte, no encuentro nada.

Mi madre me tiene preparado el desayuno, como siempre. Mi padre se ha ido a trabajar hace una media hora, supongo. Mi madre entra un poco más tarde, así que podemos desayunar juntas. Sin embargo, ambas estamos tan dormidas que la conversación se queda atrapada en algún lugar entre sus bostezos y los míos.

*Él:*

Mientras conduzco, las lágrimas de algún ángel desdichado deciden caer sobre el capó de mi coche. De todos los coches, en realidad. Las gotas se me antojan pedazos de nostalgia derritiéndose sobre el cristal, en un perfecto caos. Todo es caos, al fin y al

cabo. Tal vez, otros poetas como Lorca o Neruda habría escrito un bello poema sobre el calculado desorden de las chispas de lluvia, o sobre la hermosa teoría del caos, o sobre aquella mariposa y aquel tornado.

Otros poetas, quizá.

*Ella:*

Justo cuando me bajo del autobús, empieza a llover. No puedo evitar soltar una carcajada, aunque no haya nadie a quién dedicársela. La lluvia siempre me ha parecido un chiste del cielo, o un regalo, un hermoso regalo. A la mayoría de la gente le transmite tristeza y melancolía. A mí me provoca risa. ¿Paradoja?

Cruzo la carretera hasta llegar a la puerta de mi instituto y, no sin pesar, me refugio debajo del porche. Giro la cabeza hacia atrás. Mi mirada se cuela entre las gotas, rozando la distancia. Es entonces cuando te dedico un fugaz pensamiento, allá donde estés. Me gusta pasar contigo los días de lluvia, aunque sé que no te gusta la humedad.

Y mi pensamiento se pierde en algún lugar entre mis ojos y la lluvia.

*Él:*

Como atrapado en una escalera que ni avanza ni retrocede, el tiempo aquella mañana se dilataba en contra de las leyes de la física. Créeme, sé de lo que hablo. Por algo soy catedrático de Física. El título no va de adorno, sus años costó.

Los alumnos a primera hora están aún durmiendo, y a partir de tercera, demasiado despiertos, por lo que me resulta imposible dar clase en el segundo caso, e infructuoso en el primero. Sin embargo, hay algo que es invariable en los dos: siempre me siento como Carmen conversando con Mario. Monologando, de hecho, lo que es más triste aún, si cabe. Por suerte, cada una de mis novelas sólo duran una hora en lugar de cinco.

—Para la semana que viene, todos los ejercicios de campo gravitatorio —se oyen exclamaciones de desacuerdo, a lo que añado— Y os recuerdo que el trabajo de clase cuenta para la nota.

No sé si es que la lluvia afecta a mi ánimo, o es que mi ánimo se encuentra hoy lluvioso. La cuestión es que no he dejado de pensarte.

Y a ti, querida, te escribiría una antología entera.

*Ella:*

Al fin suena el timbre, que interrumpe las palabras del profesor de historia. No es que no me agrada la historia, al contrario. Simplemente tengo ganas de llegar a casa.

Guardo mis cosas en la mochila con calma, y no con la alarmante velocidad de mis compañeros, que salen del aula como si se tratase de un incendio.

Antes de irse, Fer me llama desde la puerta.

–Marta, esta noche salimos de fiesta, ¿te vienes?

Lo miro, dudosa.

–Venga, habrá música, bebida... Tienes que venir –añade Karla con una risita.

–Lo siento chicos, pero ya sabéis que eso no me va mucho. –meto el último cuaderno en la mochila– De hecho, ya tenía planes para esta tarde.

Y no miento.

–Como quieras, tú te lo pierdes.

Fer y Karla se despiden, probablemente pensando que soy un bicho raro, pero no me importa.

Y no me importa no porque los días de lluvia me hagan sentir extrañamente eufórica. No.

No me importa porque esta tarde voy a verte.

Cierro los ojos, y aunque mi mirada no te ve, yo ya me pierdo en algún lugar de ese olor tuyo que me vuelve loca.

*Él:*

La impaciencia me devora, como el tiempo devora cada vida. Bajo el paraguas, todo adquiere un cariz trágico, como si un Max Estrella melancólico y cansado se hubiese apoderado de mi cuerpo. En mi afán de evitar los charcos, mis pasos se vuelven irregulares y no puedo evitar sentirme como caminando entre coplas de pie quebrado.

El agua me repta por las perneras de los pantalones, fría, lo que hace que desee aún más llegar a tu lado. Es sobre todo en estos días de tormenta, que me acoges entre tus brazos, cálida, como un suspiro de verano en pleno invierno. Y esa es sólo una de las innumerables razones por las que adoro pasar el tiempo perdido en tu calma, en tus palabras, en la paz que me desborda cuando te miro. Querida, sacas de mí mi mejor yo, y jamás podré pagarte esa deuda.

*Ella:*

-¡Adiós, mamá! –le dedico una sonrisa y cierro la puerta tras de mí con un deje de entusiasmo. Después de horas de estudio, al fin soy libre.

Libre para ir a tu encuentro.

Mentiría si dijese que no llevo toda el día esperando el momento de poder encarnarme en una arrebatada Julieta para ir en tu busca. En mi frenesí, he olvidado que estaba lloviendo, así que no he cogido paraguas al salir. De todas formas, mis ganas de verte superan con creces mi temor a enfermar.

Corro, y la lluvia discurre por mis cabellos como las golondrinas oscuras por aquel cielo. Yo, al igual que ellas, vuelvo a mi hogar.

Dicen que el hogar está allí donde se encuentra aquello que amamos; es por eso que tú eres el mío.

*Él:*

Cruzo una esquina y ahí estás, empapada, vestida de lluvia, y aún así, magnífica como siempre. En el mismo instante en que entras en mi campo de visión, inundas mis pupilas, y no puedo evitar sentirme como Marcel saboreando aquella magdalena mojada en té, como Machado observando aquel olmo fatigado. Recobro la esperanza de golpe, porque en tu compañía, cualquier tormenta sabe a sol.

*Ella:*

En cuanto te diviso, corro aún más rápido a refugiarme bajo ese techo del que cuelgan sueños a millares. Bajo ese techo que siempre sabe a libertad, a seguridad, y a calma, aún en medio de la más oscura tempestad.

Tú eres Jorge Guillén, yo tu rosa favorita; tú Espronceda, yo la mar.

*Él:*

Yo soy tu poeta, tú mi musa. Yo Machado, tú aquella infancia pura. Yo Espronceda, y tú la mar.

Y en este momento no puedo estar más de acuerdo con Borges: el paraíso debe ser algo así, como tú.

A lo largo del tiempo, numerosos poetas te han dedicado admirables poemas. Es por eso que afirmo, sin pedir permiso a Bécquer, que poesía eres tú.

*Ella:*

Aún me quedo observándote unos segundos antes de traspasar tus puertas. Al girarme en un intento de abarcar toda tu grandeza, choco con un hombre que también te mira extasiado.

Nuestras miradas tropiezan por un instante, y no puedo evitar sonreírle.

Los dos volvemos a casa.

Los dos a ti, biblioteca.